Antes de entrar en este capítulo, conviene advertir que aquí la política se desplaza del conflicto inmediato hacia la siembra de largo aliento. *Sembradores de Futuro* no es una consigna ni un programa cerrado: es la expresión de una intuición profunda –los países no se reconstruyen solo con decisiones de coyuntura, sino formando generaciones capaces de sostener esos cambios.

Este capítulo entrelaza dos planos que rara vez se leen juntos: el gesto pedagógico y la memoria histórica. El centenario de Carlos Andrés Pérez aparece aquí no como efeméride, sino como ocasión para pensar el liderazgo más allá del poder, y la formación más allá del aula. Lo que sigue es el relato de una convicción: cuando el presente se vuelve estrecho, la única forma de hacer política responsablemente es ampliar el horizonte y respaldar a quienes aún no tienen voz, pero tendrán responsabilidades y país.

Nelson Mendoza Blanco

12 Los que caminan conmigo: diálogos y despedidas

■ Sembradores de futuro y el centenario de CAP

En diciembre de 2021, y por solicitud del gobernador de Nueva Esparta, Morel Rodríguez, asumí uno de los encargos más honrosos y exigentes de mi vida: coordinar los actos conmemorativos del centenario del nacimiento de Carlos Andrés Pérez, una oportunidad de hacer justicia a su memoria.

Formamos un equipo diverso y comprometido: Johan Perozo, Daniel Alejandro López Muñoz, Alberto Herrera, José Castillo, Melina Vásquez, Daniel García, Aura Loreto, Eduardo Valero, Luis Vezga Godoy, Luis Caraballo, Luis Rangel y Gerardo López. Todos compartían la certeza de que la historia de CAP debía ser una fuerza viva que convocara el presente.

La agenda era proyectar la fuerza histórica de Carlos Andrés Pérez –su pensamiento, sus aciertos, sus tragedias– a través de artículos, podcast, videos, diálogos, reportajes y campañas de lectura sobre la generosa bibliografía que su vida ha inspirado, especialmente tras su defenestración de la Presidencia y el juicio al que fue sometido. Queríamos hablarles sobre todo a los jóvenes.

Durante esta etapa sufrí uno de los episodios de salud más delicados que he vivido. A 25 años de una primera obstrucción intestinal que casi me arrebató la vida en 1996, en agosto de 2021 volvió a ponerme cara a cara con la muerte. Lo cuento no por dramatismo, sino por el respeto que merece todo aquello que nos deja a medio paso del silencio. Mi cuerpo amenazó con apagarse justo cuando organizaba la conmemoración de una vida.

En diciembre viajé a Mérida a visitar a mi madre, que estaba por cumplir 100 años, como si el calendario hubiese querido unir ambos centenarios. En esa visita me reuní con Luis Caraballo, Gerardo López y Luis Rangel. La idea seguía latente. Ahí nació lo que pronto se convertiría en el corazón de esta conmemoración: un concurso nacional de ensayos dirigido a jóvenes nacidos después de 1988, el año que CAP fue elegido por segunda vez presidente de la República.

Les dije que el mejor homenaje al presidente no era una placa ni una estatua sino lograr que jóvenes que no lo conocieron se animaran a contar su historia. Que aprendan lo que vivió, lo que hizo y lo que sufrió. Que lo miren con ojos nuevos y desde esa mirada construyan una una interpretación, una voz.

Ese instante en Mérida, entre amigos, ideas y memorias, fue el verdadero punto de partida de un homenaje que no solo recordaba un siglo: también intentaba iluminar el siguiente.

■ El centenario como aula abierta

Celebrar los cien años del nacimiento de Carlos Andrés Pérez era abrir una conversación nacional sobre el tipo de democracia que queremos y merecemos. En tiempos de fragilidad institucional y desarraigo afectivo, la educación y la cultura se revelan como pilares de ciudadanía.

Desde el Plan de Becas Gran Mariscal de Ayacucho hasta el Sistema de Orquestas, los gobiernos de CAP sembraron políticas públicas que fomentaron el talento, la inclusión y la excelencia. Una visión integral de país que proponía educar para liberar y formar para convivir.

Si el Plan de Becas Gran Mariscal de Ayacucho y el Sistema de Orquestas Juveniles e Infantiles fueron dos de los proyectos más exitosos de los últimos cincuenta años, ¿por qué hoy los venezolanos no logramos armonizar como una orquesta ni desarrollar talentos como los que distinguieron, dentro y fuera del país, a tantos becarios de la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho y a tantos músicos venezolanos?

■ Eduardo Morales Gil: semblanza desde la amistad y la historia

Eduardo Morales Gil nació en Güiria, en la península de Paria. Desde allí, con vocación civilista y sensibilidad social, se convirtió en líder regional, en maestro de juventudes, en promotor de la descentralización como camino hacia la ciudadanía. Morales Gil me ayudó, con generosidad y visión, a tener la oportunidad de ser diputado al Congreso de la República. Sentí un orgullo profundo verlo investido como el primer gobernador del estado Sucre por elección popular, tras la reforma política de 1989.

Fuimos solidarios. Estuve a su lado cuando lo defenestraron injustamente de su partido, por el delito de aceptar la libre expresión de su pueblo al elegir un candidato opositor. La lealtad no se mide por disciplina partidista, sino por fidelidad a la democracia.

Eduardo Morales Gil y yo compartimos la fe en la educación como instrumento dinamizador de la sociedad. Al conmemorar los 100 años del nacimiento de Carlos Andrés Pérez, nos honró hacerlo juntos, como amigos del presidente y como testigos de una época con mucho que enseñar.

Su obra, su mirada crítica, su compromiso merecen ser leídos como análisis político y como legado afectivo. Cuando la historia se escribe desde la amistad, no se narra un expediente, sino una travesía compartida, entre dos demócratas que no se rindieron.

Eduardo Morales Gil vivió y defendió la democracia. La compartió conmigo como una causa que no se negocia y honra esta conmemoración con sus aportes.

La maleta no es solo equipaje. Es biografía. La maleta de un joven becario no lleva solo ropa: lleva el peso de una historia familiar, el eco de la comunidad que lo despide, la esperanza de un país que lo empuja hacia el conocimiento". Al pronunciar esa frase en el Círculo Militar, Carlos Andrés Pérez decía una verdad. En cada maleta hay una promesa. Una señal de origen. Una voluntad de futuro. En ese reconocimiento, CAP convirtió la despedida en acto de justicia.

La maleta, entonces, no es solo símbolo del viaje. Es el emblema de una democracia que se construye reconociendo al otro, sin solemnidad y con afecto. Ese pasajero, con su maleta, es el protagonista del país que merecemos.

■ El eco del nuevo Ayacucho

El 17 de noviembre de 1976, Carlos Andrés Pérez se dirigió a los becarios venezolanos con una mezcla de firmeza y cordialidad. No era un discurso más, era una proclamación de futuro. Dijo:

—Ustedes son los dirigentes del año 2000

Una frase sencilla y profética que sembró una visión de país, y que aún resuena. No hablaba desde la nostalgia, sino desde la convicción. El Programa Gran Mariscal de Ayacucho, sin antecedentes en la región, había logrado lo impensable: democratizar el acceso al conocimiento técnico y científico, sin filtros ideológicos, sin exclusiones.

CAP entendía que estudiar no era un privilegio, sino un acto de heroísmo y convocaba a pensar distinto, a reclamar lo mejor, a construir sin repetir. "No podemos pretender conducir el mundo nuevo con ideas viejas", dijo.

El país se despedía de sus hijos con esperanza. Partían con una beca y una promesa. Jóvenes que, como Sucre en Ayacucho, estaban llamados a protagonizar una nueva gesta: la del conocimiento como

emancipación. Hoy, al recordar ese momento, celebramos no solo una política pública, sino una ética y una visión de país.

En Nueva York, Roma y Londres, CAP volvió a encontrarse con esos jóvenes. Y cada vez que los veía, decía que "despertaban su optimismo para sentir la grandeza de Venezuela". El futuro no era una abstracción: era un rostro, una voz, una vocación. Era la nueva batalla de Ayacucho, librada en aulas, laboratorios y universidades. Una revolución que no usaba fusiles, sino libros, maletas y sueños.

El Plan de Becas Gran Mariscal de Ayacucho, el Sistema de Orquestas del maestro Abreu y la creación de universidades conformaron una revolución que no buscaba propaganda, sino justicia y transformación. Cada joven que partió con su maleta, cada nota que sonó en una orquesta infantil, cada aula que se llenó de futuro es parte de la Venezuela que aún canta, aún sueña, aún estudia. En ello estaban el país y la esperanza.

■ El mapa universitario del nuevo país

La democracia no se construye solo en los hemiciclos y en los discursos. Se edifica en las aulas, en los pasillos de las universidades, en los sueños de jóvenes que encuentran en la educación una puerta abierta al porvenir. Durante la gestión de Carlos Andrés Pérez, esa convicción se tradujo en una política concreta: descentralizar el acceso a la educación superior y crear instituciones en rincones que no figuraban en el mapa académico.

Desde Barinas con la UNELLEZ, pasando por Coro, San Juan de los Morros, Caracas, hasta la consolidación de la Universidad Nacional Abierta, el proyecto educativo de CAP fue territorial e inclusivo. No se trataba de crear edificios, sino de abrir caminos. De permitir que jóvenes de comunidades rurales, de zonas históricamente excluidas, pudieran formarse. Fue una decisión para ampliar oportunidades.

Cuando puso en funcionamiento la Universidad Simón Rodríguez –decretada por Rafael Caldera, pero aún sin vida institucional–, CAP demostró que gobernar también es dar continuidad a lo justo, sin

mezquindades partidistas. Una forma de gobernar que reconocía el valor de lo heredado.

Este mapa universitario no es solo geografía. Es memoria. Es el testimonio de un país que creyó que educar era una vía hacia la libertad.

■ Semillas de saber: el mapa técnico de la Venezuela posible

La revolución del conocimiento no se limitó a las universidades experimentales. También se desplegó en forma de Institutos Universitarios de Tecnología, creados por decreto en Cabimas, La Victoria, Puerto Cabello y Valencia. Cada uno respondía a una necesidad concreta: formar técnicos y profesionales en regiones donde el talento existe, pero no la infraestructura educativa.

Carlos Andrés Pérez entendió que el desarrollo no podía depender de la capital. Pronto, jóvenes que antes solo podían soñar con estudiar comenzaron a hacerlo cerca de casa, en instituciones pensadas para ellos, con vocación comunitaria.

La puesta en funcionamiento de la Universidad Nacional Experimental del Táchira, decretada por Rafael Caldera, pero activada por CAP, fue otra muestra de continuidad institucional. No se trataba de competir, sino de continuar. No de borrar, sino de ampliar la descentralización del saber. En cada aula abierta, en cada laboratorio, en cada joven que encontró su vocación, se escribió una página importante de la Venezuela que aún espera.

■ Cuando la historia se revela

Hay verdades que llegan por maduración. A veces, el país sabe qué gobierno tuvo cuando el tiempo se lo revela. No en titulares, sino en la ausencia de escuelas, en el silencio de las orquestas, en la falta de becas. Así ocurrió cuando jóvenes nacidos después de 1988 escribieron sus ensayos y, sin haber vivido directamente la gestión de Carlos Andrés Pérez, reconocieron en ella una siembra educativa y cultural que no fue cosechada

Ese reconocimiento espontáneo –como lo señala Eduardo Morales Gil– no fue inducido ni dirigido. Fue una memoria que brotó sola, como si el país se mirara otra vez.

La creación de la UNEXPO, como fusión de los politécnicos de Barquisimeto, Guayana y Luis Caballero Mejías, fue uno de los últimos gestos de esa visión: consolidar lo útil, sin cálculos partidistas; dar continuidad a lo justo, sin protagonismo; sembrar futuro, incluso cuando el presente se volvía incierto. Venezuela, en ese viaje, aún lleva consigo el eco de la revolución del conocimiento como instrumento de emancipación.

■ Corazón pleno de emoción

"Corazón pleno de emoción, saludando este día histórico, acontecimiento impar en la vida de nuestra República", expresó CAP al encontrarse con la primera promoción de jóvenes voluntarios alistados en "las filas de la inteligencia para ganar las batallas de la ciencia y la tecnología que le han de abrir los caminos a la gran Venezuela, a la Venezuela independiente, que va a manejar con propia mano su gran destino nacional, porque serán sus mujeres y sus hombres, con los instrumentos de la ciencia y la tecnología, quienes conducirán la obra de auténtica transformación venezolana, nacional y nacionalista".

Allí les manifestó sentirse convencido de que "llevan en su espíritu voluntad de triunfar, como la que animó ayer a los héroes de Ayacucho… Vamos al nuevo Ayacucho con las armas de la inteligencia, de la ciencia y la tecnología… Hace muchos años decimos que debemos sembrar el petróleo. La siembra del petróleo es ésta".

Al explicar la orientación y la filosofía del programa ante la primera avanzada que viajaba a estudiar en los centros de educación superior más prestigiosos del mundo, reflejó su estatura de auténtico estadista, lejos de sectarismos político-partidistas, al recordar que la selección fue realizada sin discriminaciones:

> "A ninguno se le ha preguntado qué ideas tiene, si es militante de partido o independiente, si proviene de éste o de aquel

> sector de venezolanos, si viene de una o de otra región. Las computadoras han ido realizando la selección".

■ La Universidad Popular Alberto Carnevali: la inspiración

La Universidad Popular Alberto Carnevali nació de una promesa que hice a los jóvenes de Venezuela: formar el liderazgo del futuro desde la ética, la pluralidad y el compromiso democrático. No fue fácil. La tarea inicial fue exigente, pero se contó con una fortuna invaluable: el acompañamiento de cuatro pilares humanos que sostuvieron esta nueva experiencia educativa: Luis Caraballo Vivas, Ramón Rivas Aguilar, Gerardo López y María Cristina Réquez. Un 21 de noviembre de 1986, Día Nacional del Estudiante, abrió sus puertas en Mérida para servir a Venezuela.

Con planes de estudio que interpretaban la realidad local, nacional e internacional, la UPAC incorporó a la sociedad plural en sus actividades formativas. Profesores y autoridades trabajaron *ad honorem*, estimulando a muchos a enseñar y a colaborar. La universidad tuvo una actividad editorial significativa, y su aporte más importante fue la publicación del libro *Alberto Carnevali en cuatro tiempos*, que recoge la vida y obra de uno de los más importantes líderes de la Venezuela democrática. Carnevali, dirigente de Acción Democrática, murió en la Penitenciaría General de San Juan de los Morros, su legado fue rescatado por esta universidad como referencia ética y política.

Centenares de jóvenes pasaron por sus aulas en Mérida, pero muchos más disfrutaron de sus extensiones culturales y académicas en distintas regiones del país. La UPAC no se encerró en sus muros: salió al encuentro de la comunidad, llevando saberes, debates y música. Su orfeón dejó grabada la fuerza de la música como elemento de unión de quienes se formaban para asumir las responsabilidades de conducción del país.

La universidad enseñó a los jóvenes a luchar con las armas de la sabiduría, resguardada en su biblioteca y compartida en cada encuentro. Les enseñó a comprender los cambios de un mundo que prometía ser distinto, y les dio más que conocimiento: les dio propósito.

La Universidad Popular Alberto Carnevali, que nació también en tiempos de fractura política, fue el espacio que permitió esta revelación. Desde Mérida, desde la memoria de Alberto Carnevali y la inspiración de Luis Rangel, Luis Caraballo y Gerardo López se gestó este concurso como gesto pedagógico y ético. Y hoy, el libro *La generación milenio descubre a CAP* no es solo un archivo: es una señal de que hay país y hay jóvenes que no se rinden. La educación, como decía CAP, sigue siendo el camino más corto entre la desesperanza y la democracia.

■ Pilares de la superación humana en la Venezuela de CAP

El libro *El Sistema: 50 años de tejido social* de Rafael Arráiz Lucca documenta con rigor y sensibilidad el impacto del modelo creado por José Antonio Abreu. Más que una política cultural, *El Sistema* se convirtió en una herramienta de transformación social.

Según Arráiz, se trata de *"un ejemplo mundial de enseñanza musical masiva que incide en el tejido social"*, involucrando no solo al niño, sino a toda su familia.

Los valores que promueve –disciplina, dedicación, voluntad, trabajo en equipo y búsqueda de la excelencia– coinciden con la visión educativa que CAP defendió en sus dos gobiernos. El Sistema no solo formó músicos: formó ciudadanos. Y lo hizo desde la infancia, democratizando el acceso a la cultura y sembrando esperanza en los sectores más vulnerables.

Este legado se complementa con el Plan de Becas Gran Mariscal de Ayacucho, que permitió a miles de jóvenes venezolanos formarse en las mejores universidades del mundo. Ambos programas –uno musical, otro académico– fueron expresión de una política pública que entendía la educación como atmósfera, no como trámite.

En 2022, el concurso de ensayos sobre la vida y obra de CAP, con 33 jóvenes nacidos después de 1988, confirmó que este legado sigue vivo. Los participantes y jurados demostraron que cuando las cosas se hacen bien, dejan huella.

CAP no solo gobernó: dejó futuro. Y hoy, en su centenario, lo reconocemos como el presidente que incluyó la superación humana como política de Estado.

■ Los becarios del Mariscal: cuentas claras

La cita sobre la transparencia del Programa de Becas Gran Mariscal de Ayacucho merece destacarse. CAP está hablando de meritocracia cuando dice: *"Nadie sabe cómo piensa el joven al que se le otorga la beca; las computadoras solo dicen cuáles son las credenciales que el joven reúne"*.

Estas palabras merecen un lugar visible en el libro. Estoy convencido de que la educación debe estar por encima de ideologías. La formación técnica es clave para el desarrollo nacional y los caminos deben estar abiertos para todos.

La auditoría realizada por una empresa especializada de prestigio internacional fue un paso trascendente en la gestión del Programa de Becas Gran Mariscal de Ayacucho. La equidad educativa no se logra solo con becas, sino con acompañamiento, fiscalización, auditoría pública y sensibilidad institucional. El legado de CAP, al apostar por la educación, debe ser leído también desde sus desafíos y su transparencia.

El estudio *Análisis del Programa de Becas Gran Mariscal de Ayacucho (1974-1991)* encargado por la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho y realizado por Datanálisis y Doxanálisis bajo la coordinación de Arístides Torres y Fernando Rísquez, ofrece una mirada crítica sobre el programa de becas. Permite comprender no solo los logros del programa, sino también sus desafíos y contradicciones al evaluar desde perspectivas socioeconómicas, académicas, ocupacionales, psicológicas y culturales.

■ Principales hallazgos

- Tasa general de éxito. Más del 90% de los becarios financiados por el CONICIT culminaron sus estudios. El Instituto de Crédito Educativo reportó una tasa del 93%. Estos datos sirven como referencia para evaluar los procesos de selección de la Fundación.

- Nivel socioeconómico y graduación. Los becarios de nivel alto tuvieron una tasa de graduación del 79,1%, mientras que los de nivel bajo alcanzaron el 69,6%. La desigualdad de origen influye en la adaptación y el rendimiento, especialmente en el extranjero.
- País de estudio. Los becarios que estudiaron en EE. UU. presentaron la mayor tasa de graduación (86,6%), seguidos por los que estudiaron en Venezuela (76,8%) y otros países desarrollados (74,6%).
- Nivel de estudios. El 54,2% de las becas fueron para pregrado. Los becarios de posgrado mostraron una tasa de graduación del 85,4%, frente al 69% en licenciatura y 79,8% en nivel técnico.
- Edad y adaptación. Los mayores de 21 años que estudiaron en el exterior tuvieron mejores tasas de graduación, lo que sugiere que la madurez influye en la adaptación académica.
- Choque cultural y política de inclusión. El envío de jóvenes de escasos recursos al exterior, aunque buscaba ampliar oportunidades, generó dificultades de adaptación. El estudio plantea la necesidad de revisar esta política para evitar que la oportunidad se convierta en obstáculo.

■ Una velada en Londres

A mediados de los años setenta, viajé a Londres a visitar a los estudiantes becados por la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho en diversas universidades del Reino Unido. Era una época de ilusión académica y orgullo nacional: jóvenes talentosos formándose en el exterior con la ilusión de regresar a construir un país mejor.

Aquella noche, el embajador en Inglaterra, Juan Manuel Sucre Trías, organizó un encuentro en su residencia oficial. Nos reunimos un grupo de compatriotas que, desde diferentes disciplinas, representaban lo mejor de esa generación de becarios. Estaban, entre otros, Samuel Rodríguez (coordinador de la Fundación), Omar Bello, Tatiana Pérez de Sucre (esposa del embajador), Edicson Rodríguez, Pedro Pablo Rojas, Frank del Nogal, Carmen Cecilia Lander, Tomás Páez, Leonardo

Vivas, Nelly Salvatierra, Carmen González, Marta Morales, Mireya Morales, Rafael Quiróz y, por supuesto, la inolvidable Mayra Martí, quien conmovió a todos al interpretar su célebre "Elevación", símbolo y orgullo de los venezolanos.

La velada fue un encuentro de venezolanos unidos por la fe en el talento nacional y la gratitud. Al final de la noche, el embajador me extendió una invitación muy especial: asistir a una cena en honor del príncipe Carlos de Inglaterra. Lo recuerdo no solo como un gesto de cortesía diplomática, sino como un símbolo del respeto que Venezuela inspiraba. En la cena, la conversación giró en torno a la educación, la juventud y el papel de los países emergentes. Fue una noche que unió cultura, diplomacia y esperanza.

La reunión en Londres no fue simplemente un encuentro de venezolanos lejos de casa, sino una celebración de la Venezuela posible que creía en sus jóvenes, los enviaba al mundo y los esperaba de vuelta.

El Plan de Becas Gran Mariscal de Ayacucho y el Sistema Nacional de Orquestas Juveniles e Infantiles son los mayores éxitos sociales de Venezuela en los últimos cincuenta años. Ambos demostraron que cuando un país cree en su gente, el talento aparece y la educación se convierte en oportunidad real. Hoy esa fuerza parece haberse perdido. No existen programas con la misma visión ni la capacidad de formar excelencia a gran escala. Sin embargo, los frutos perduran. En cada músico, científico o profesional formado gracias a esas iniciativas, vive la prueba de que el desarrollo no depende solo del dinero, sino también de la visión y la constancia.